

Transeúnte de hilos tensos

Antonio Rojas



Antonio Rojas, en la confederación de empresas de Cádiz, delante de *London Days* perteneciente a su colección, 2024

Antonio Rojas (Tarifa, 1962) es un pintor autodidacta cuya trayectoria se define por una continua exploración personal, marcada por una pintura enigmática y refinada, donde la luz, la geometría y la memoria dialogan en una tensión constante entre la razón y la intuición. Gracias a becas de la *Delfina Studios Trust* y la Academia de España, residió en Londres y Roma, experiencias que enriquecieron profundamente su lenguaje visual. Desde 1986 reside en Madrid, donde en 1988 celebró su primera exposición individual en la galería Montenegro.

En 1999, la Diputación de Cádiz organizó *La mirada oblicua*, una temprana retrospectiva caracterizada por un marcado acento neo-metafísico, oscilando entre la geometría y el enigma. Para entonces ya había expuesto en galerías de referencia como

Fernando Vijande, Manolo Montenegro, Antonio Machón, Magda Bellotti, Rafael Ortiz, *My Name's Lolita Art* y Juan Manuel Lumbreras.

Influenciado por Piero della Francesca, De Chirico, Magritte y la figuración madrileña de los años ochenta, Rojas construye un orden pictórico propio donde la estructura, la proporción y la



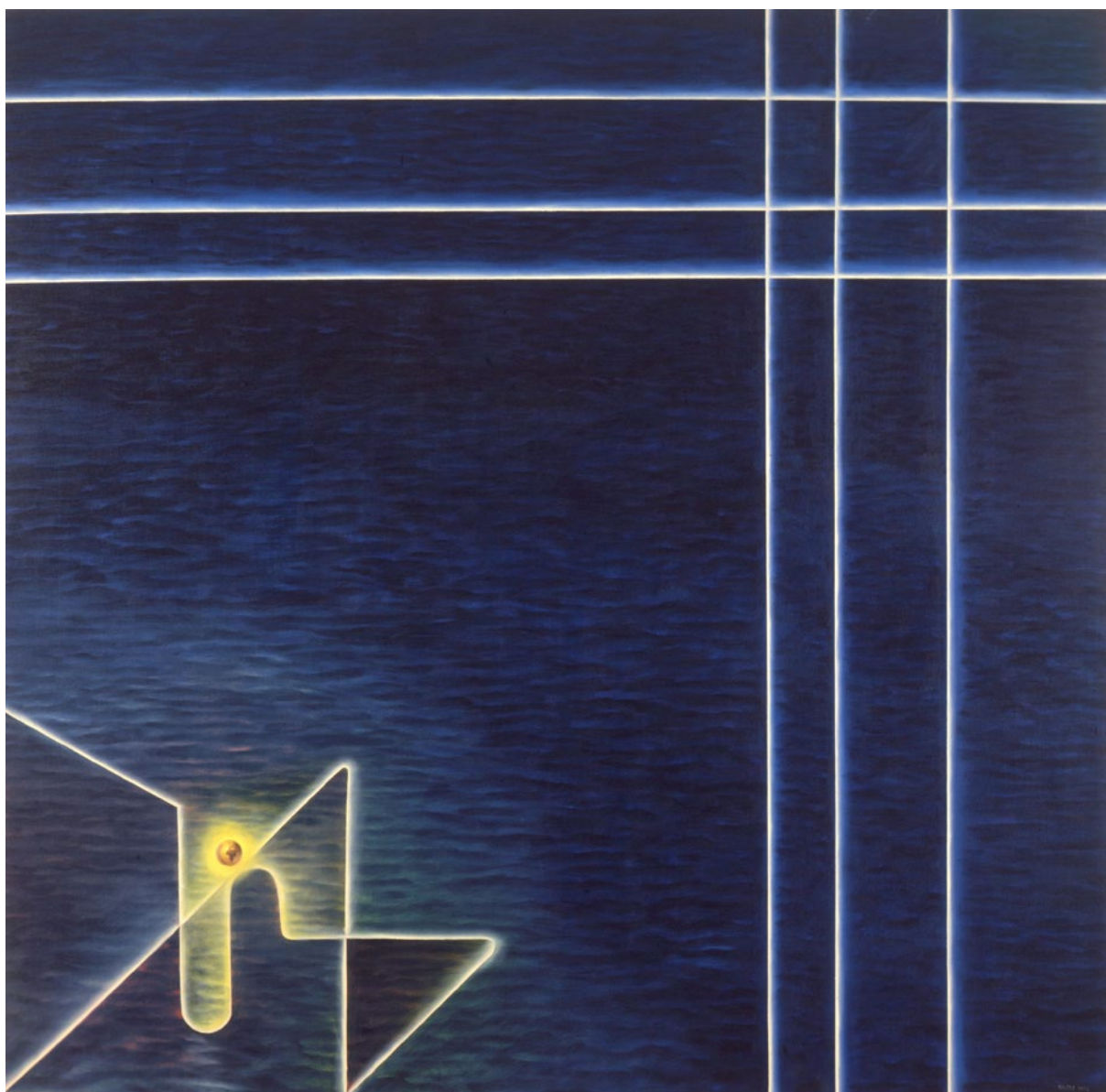
Trilogía metafísica de un sueño(1988), óleo sobre lienzo (tríptico), 195x342 cm
Colección del artista (Madrid)

lógica de la sombra dan forma a atmósferas suspendidas en el tiempo. La suya es una pintura de contemplación y resistencia, que invita a detener la mirada y habitar el espacio pictórico como si se tratase de una narrativa abierta entre la percepción y la memoria.

A lo largo de su carrera ha recibido múltiples distinciones, entre ellas el Premio Ángel de Pintura (Valencia, 2004), la Medalla de Oro de la 62ª Exposición Internacional de Valdepeñas (2002), el Primer Premio del Certamen Nacional de Dibujo Gregorio Prieto (Valdepeñas, 2002) y el 4º Premio de Pintura Virgen de las Viñas (Tomelloso, 2023).

Su obra forma parte de colecciones destacadas como la *Barbara Rose Collection* (Nueva York), la Fundación Coca-Cola España, el Museo Marugame Hirai de Arte Contemporáneo Español (Japón), la Colección del Banco de España, el Museo ARTIUM de Vitoria y el Espacio de Cultura Contemporánea ECCO (Cádiz).

En 2022, su exposición individual *Cuando la memoria se resiste a abandonar el puerto*, celebrada en el CAC Málaga – La Coracha, ofreció una síntesis de más de treinta años de coherente, sofisticada y enigmática práctica pictórica.



El peso del mundo (1992), óleo sobre lienzo, 200x200 cm. Colección Endesa. Museo de Teruel

Una trayectoria en busca de sentido

Desde muy temprana edad, la pintura ha sido para mí una forma de comprender el mundo. De niño, construía espacios con cajas de cartón, refugios frágiles en los que imaginaba que podría leer, dibujar, estudiar. Aquella necesidad de crear un lugar mental y físico donde desarrollar la concentración es la misma que hoy me lleva a construir estructuras visuales sobre el lienzo. De lo efímero a lo estable, esos espacios me condujeron al cuadro.

Pintar no ha sido para mí una respuesta, sino una forma de interrogación constante. Me reconozco como un transeúnte de hilos tensos, alguien que camina por la cuerda delicada que une lo visible y lo oculto, el orden y la emoción, lo construido y lo imaginado. Esa tensión ha guiado mi trabajo durante décadas, como una especie de brújula interior.

Recuerdo una imagen del maravilloso texto que me dedicó en el catálogo de *La mirada oblicua* mi amigo Chema Cobo: un niño tumbado en la tierra, observando nubes, insectos y sombras, intentando comprender el espesor de lo que ocurre en silencio. Ese niño, que teme tanto al fondo del pozo como a su silencio, solo entiende el árbol que lo protege cuando comienza a dibujarlo con los ojos cerrados. Ese niño, en gran parte, sigo siendo yo.

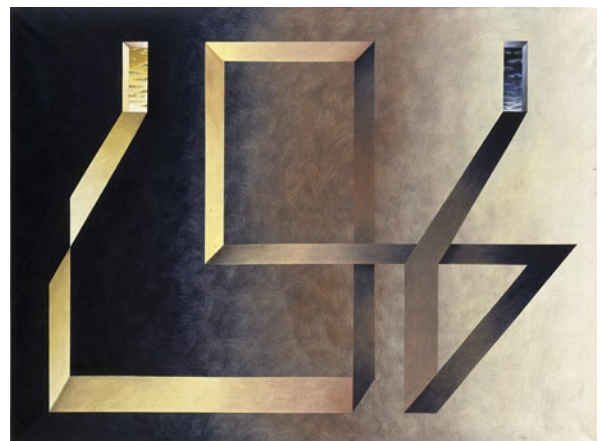


Continuidad (1994) , óleo sobre lienzo 150x150 cm.
Colección particular (Madrid)

Mi formación, aunque autodidacta, comenzó de forma clásica: dibujo, figura humana, perspectiva, bodegón y la fascinación por el impresionismo: la luz cambiante, los paisajes al aire libre, Monet, Cézanne, Van Gogh. Y, cómo no, Velázquez, El Greco, Goya. No era solo cuestión de aprender a pintar, sino de aprender a mirar. Y ahí estaban otros referentes importantes: De Chirico, Magritte, Francis Bacon, David Hockney y, por supuesto, mis paisanos Chema Cobo y Guillermo Pérez Villalta. No me ofrecieron respuestas, pero sí nuevas preguntas.

Desde los años ochenta he expuesto mi obra de manera continua. En ese tiempo, mi visión ya había sido entrenada en el arte de observar con detenimiento lo que otros podrían pasar por alto: sombras sobre una pared vacía, geometrías urbanas, objetos olvidados, estructuras anónimas. Observar nunca ha sido un gesto pasivo. Es una forma activa de atención, casi meditativa. De niño, recorría con los dedos imaginarios los volúmenes de los edificios, como si pudiera habitar el mundo táctilmente. La geometría convertida en ejercicio de percepción.

Mi pintura ha mantenido siempre la tensión entre lo visible y lo ausente, lo geométrico y lo atmosférico, la figura y su sombra, la memoria y la intuición. No he seguido una evolución lineal, sino en espiral. Vuelvo a ciertos motivos una y otra vez: el puerto, la arquitectura, la silueta humana como ausencia. Cada retorno no es repetición, sino una variación. La búsqueda de sentido se ha convertido en la búsqueda de lo verdadero.



Noche y día (1994), óleo sobre lienzo, 145x200 cm.
Colección particular (Málaga)



La mirada oblicua II (1997), óleo sobre lienzo, 149x170 cm.
Colección particular (Gibraltar)



La inquietud del viajero (1997), óleo sobre lienzo,
114x146 cm. Colección particular (Jerez de la frontera)

Con el tiempo, encontré una síntesis entre figuración y pensamiento. Pintar se convirtió en una forma de pensar, no solo de ver. Empezó a importarme más la atmósfera que la estructura, más el espacio que el objeto. Quiero que el cuadro dialogue con quien lo mira, que la imagen lo retenga, lo haga detenerse. Que sea recorrido, no solo contemplado.

Trabajo con la perspectiva como estructura, pero no siempre la respeto. A veces la interrumpo con planos superpuestos que niegan la ilusión de profundidad. Me interesa ese momento en que la imagen empieza a revelarse como construcción, donde lo representado se encuentra con la superficie. Allí, en esa tensión entre la ilusión y la evidencia de la materia, nace el cuadro.

El puerto de Tarifa ha sido uno de los escenarios constantes en mi trabajo. Lo pinto una y otra vez porque no es solo un lugar, sino una interiorización de ese espacio. Es memoria activa, tiempo suspendido, una ventana que nunca se cierra del todo. La niebla, el viento, la humedad y el paso del tiempo: todos esos elementos forman parte de una atmósfera que me pertenece. En el título de una exposición clave, *Cuando la memoria se resiste a abandonar el puerto* (CAC Málaga, 2022) quise condensar ese vínculo: pintar como forma de sostener el recuerdo, perpetuando el espacio mágico como fuente de infinitas meditaciones.

Entre 1990 y 1993, las estancias en Londres y Roma marcaron un punto de inflexión. Gracias a

las becas de *Delfina Studios Trust* y la Academia de España, tuve acceso a nuevas lecturas de la pintura. Londres me dio distancia crítica, me permitió tomarle el pulso a la vanguardia del momento, a una pintura más conceptual. Roma, en cambio, me reconectó con la pintura de Giotto y Piero della Francesca, permitiéndome reflexionar sobre la idea de continuidad que conectaba el *Quattrocento* con Giorgio De Chirico. Dos experiencias, las de Londres y Roma, que, aunque aparentemente opuestas, me ayudaron a decidir mi posición en el tiempo como artista.

En la exposición *La mirada oblicua*, realizada en 1999 en la Diputación de Cádiz, pude hacer balance y por primera vez contemplar mi trayectoria en una retrospectiva temprana, pero significativa. Me hizo comprender que algunas intuiciones de juventud no eran accidentales, sino la base de una dirección coherente. Desde entonces, los proyectos han cambiado, pero esa línea inicial sigue marcando el rumbo.

Imagen a contratiempo, (Alcultura Algeciras 2025) uno de mis proyectos más recientes, parte de una observación continua del mundo urbano. Capturo escenas efímeras con la cámara o el móvil: muros, estructuras, esquinas. Fragmentos sin centro que se transforman en el estudio. La pintura no los replica, sino que los filtra, los ralentiza, les devuelve una densidad que escapa a la inmediatez de la imagen digital.



Nuevo transeunte de hilos tensos (2004), óleo sobre lienzo, 200x200 cm. Colección Arsfundum (Madrid)

En este trabajo he querido priorizar la emoción sobre el concepto, sin renunciar a una mirada atenta sobre lo fugaz. Me interesa lo que aún no se convierte en recuerdo. La combinación y yuxtaposición de estas imágenes crea nuevos relatos posibles, abiertos. El cuadro sigue siendo, para mí, un espacio de resistencia: un lugar donde detenerse a mirar.

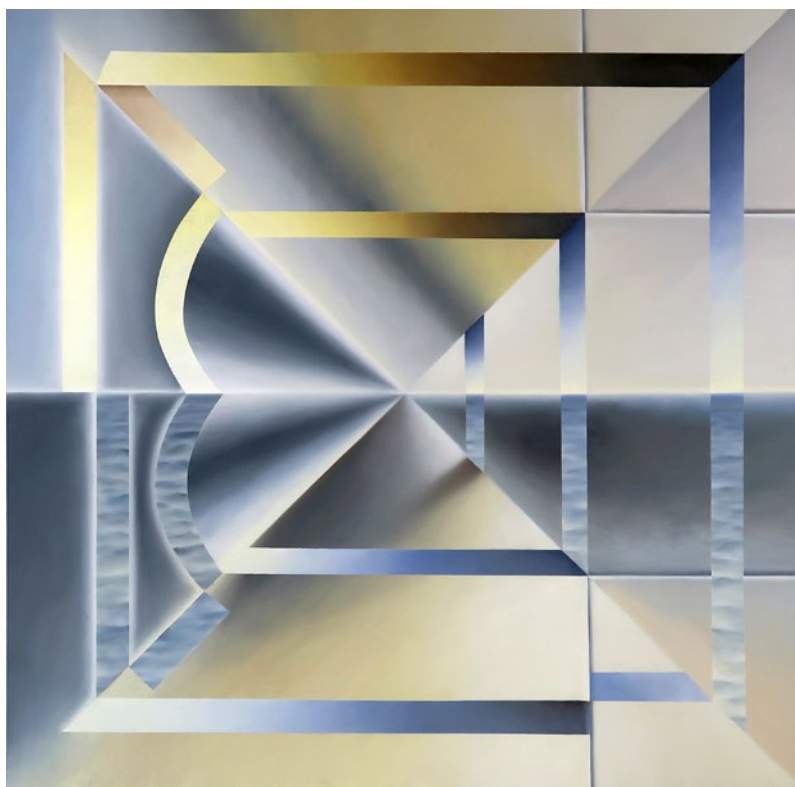
Hoy, después de los años, sigo preguntándome por la vigencia de mi pintura. No he querido

adaptarme a lo espectacular ni al ruido visual. He preferido mantenerme en el margen, donde la tensión entre forma y verdad se mantiene viva. Esa decisión, que algunos verán como reserva o riesgo, es para mí una forma de claridad.

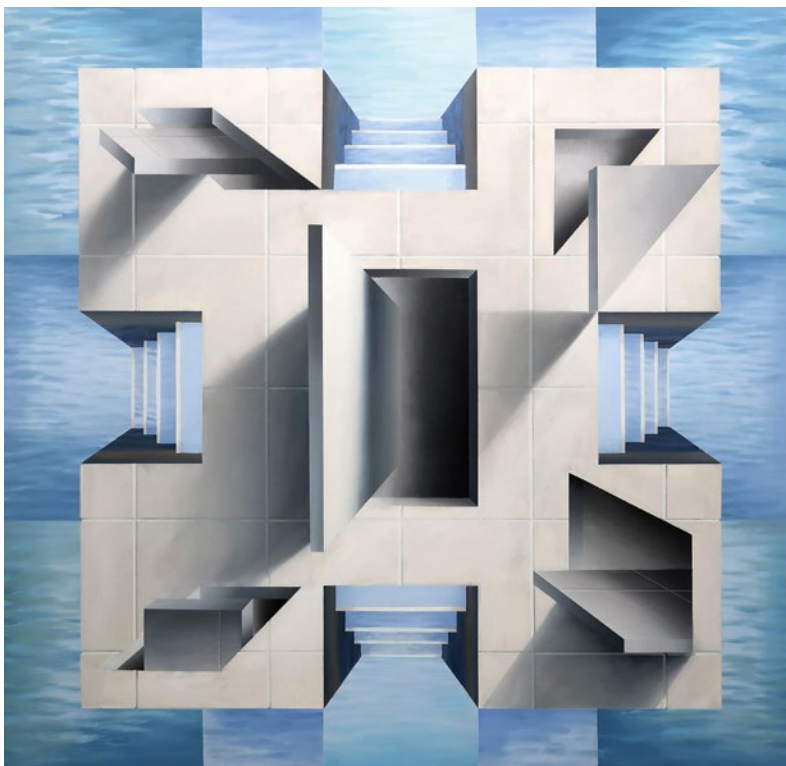
Pintar sigue siendo una forma de no olvidar. Un modo de escucha, de resistencia al tiempo, de entrega. Una forma de permanecer despierto. Y, sobre todo, una manera de seguir haciéndome preguntas.



Camuflaje (2007), óleo sobre lienzo, 150x150 cm. Colección particular (Cádiz)



Orden y percepción (2015), óleo sobre lienzo, 195x195 cm. Colección Arsfundum (Madrid)



Malevich after HogarthII (2020), acrílico sobre lienzo, 150x150 cm. Colección particular (El puerto de Santamaría)



El silencio del mar (2021), óleo sobre lienzo, 195x195 cm. Colección Alvinesa, Tomelloso. Ciudad Real



Arquitectura de expectativas (2024), acrílico sobre lienzo, 200x125 cm. Colección particular (Cádiz)



T-House (Kanagawa, Japón (2024), acrílico sobre lienzo, 150x100 cm



El instante previo (2025), óleo sobre lienzo 73x100 cm



La sombra decide el relato (2025), óleo sobre lienzo, 50x50 cm